



IMPERIVM CIVITAS

LA CIUDAD ROMANA

por

Fernando Quesada

Profesor titular de Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid.

Civitas: Conjunto de ciudadanos que viven en una ciudad.

“Civilización” es un término que deriva de **civitas**, palabra latina que significaba en la antigua Roma ‘la ciudad’ o, más bien, el conjunto de ciudadanos que vivían en ella y que dieron verdadero sentido al concepto de ‘vivir en comunidad’.

Lo que hoy somos, lo que denominamos ‘civilización occidental’, es un conjunto de ideales y modos de vida que se extienden por casi todo el mundo, desde California a Moscú, y desde Oslo a Alejandría, y que han influido en casi todas las culturas no occidentales del resto del globo.

Orígenes

“Civilización” es, ante todo, un concepto de lo que ha de ser la vida en comunidad para desarrollar una vida plena y satisfactoria, basada sobre todo en las oportunidades que ofrece la vida urbana. Y ese concepto lo creó Grecia ocho siglos antes de Cristo, y lo desarrolló y extendió el Imperio Romano en las amplias regiones que rodean el Mediterráneo, desde la oscura y húmeda Escocia al cálido Valle del Nilo, desde las costas áridas de Marruecos a la caudalosa desembocadura del Danubio.

El mundo romano nació y se desarrolló entre el 753 a.C. — fecha de la fundación de Roma— y el 476 d.C. —año en que fue depuesto el último emperador romano de Occidente—. Existió por tanto muchos siglos antes de la Revolución Industrial, del uso de energías como la electricidad o de la producida por el petróleo. No conoció las grandes industrias siderometalúrgicas tal y como surgieron en el siglo XIX ni las industrias químicas o electrónicas que hoy son bases de nuestra economía. Por el contrario, el fundamento de la economía romana fue siempre la agricultura y la ganadería; y el grupo más numeroso de la población vivió siempre en el campo, en pequeñas granjas o trabajando en grandes latifundios.



Economía y comercio

Podría parecer una contradicción afirmar que la base de la economía romana fue rural, campesina, y que sin embargo la civilización romana fue ante todo urbana. Sin embargo, no existe tal contradicción. El campo proporcionó en Roma la base de la subsistencia económica, y la producción rural bien organizada permitió crear excedentes agrícolas y ganaderos que permitieron la existencia de las ciudades, donde vivía una población importante dedicada a otras muchas actividades diferentes. Las ciudades fueron los principales focos de actividad industrial y artesanal. Fue en las ciudades donde se concentró la actividad artística y filosófica, donde surgieron nuevas ideas, y desde donde los políticos y los burócratas crearon uno de los sistemas de convivencia más complejos y ricos que el mundo había conocido hasta entonces.

Pero los habitantes de la ciudad no producen directamente alimentos, ni muchos de los elementos esenciales para la vida. En ese sentido la ciudad es parasitaria del campo alrededor, y necesita mantener una relación equilibrada con él. La ciudad sólo puede sobrevivir si la autoridad mantiene la paz en los caminos y a lo largo de las rutas marítimas, si los productos del campo llegan regularmente a los mercados urbanos al tiempo que los objetos fabricados en sus talleres se distribuyen hacia el campo y hacia otras ciudades y estados.

El comercio pacífico había de ser garantizado, y esa fue una de las razones por las que la mayoría de la población sencilla del Mediterráneo aceptó aliviada, hacia el año 30 a.C., el final de las crueles guerras civiles de la República Romana y el nacimiento del Imperio bajo Octavio Augusto. En ese año, Augusto derrotó a Marco Antonio y a Cleopatra, y creó una unidad política: el Imperio. Fue una paz armada, bajo su tutela y la del poderoso ejército profesional de Roma, que aplastó sin piedad cualquier revuelta interna y aseguró durante los siguientes cinco siglos las fronteras de un enorme territorio cuyas rutas internas, las vías, fueron por lo general seguros y eficaces medios de transmisión no sólo de productos, sino también de los ideales de la civilización romana resumidos en el concepto de ciudad.



Jerarquía administrativa

Entre Roma, la urbe por excelencia, y su cabeza, el emperador (denominado **princeps**, el primero de los ciudadanos), y las ciudades y campos, se crearon Provincias administradas por poderosos gobernadores, que actuaban como correa de transmisión de las órdenes que emanaban de Roma.

Como también ocurre hoy en día, a una escala menor a la del Estado central y la de las Provincias —tan grandes como muchos países de hoy—, la ciudad romana tenía un amplio grado de autonomía para el gobierno de los asuntos locales. La ordenación jurídica romana fue enormemente compleja, ya que existieron diferentes estatutos para las ciudades según su origen. Aquellas fundadas por ciudadanos romanos —colonias— gozaban de un Derecho (**ius**) privilegiado, superior al de los municipios (otra palabra que viene del latín) dotados de ‘Derecho romano’ o del aún inferior ‘Derecho latino’. Todas estas ciudades gozaban a su vez de privilegios superiores a las de las comunidades peregrinas, originalmente conquistadas y sin rango municipal; estos privilegios eran a menudo de tipo fiscal.



De todas formas, con el paso del tiempo las ciudades más y más romanizadas fueron unificando sus derechos y privilegios, y al final sólo títulos ostentosos identificaban la diferente raigambre de viejas ciudades privilegiadas.

A imitación del Senado de Roma, los municipios contaban con Senados municipales formados por los aristócratas locales, algunos de los cuales, por sus habilidades políticas o sus ingresos, llegarían a dar el salto al 'orden ecuestre' y a los cargos administrativos y militares del Estado; incluso llegarían a aspirar al Senado de la misma Roma. Pero estos Senados locales sobre todo articulaban la vida municipal: de entre ellos salían los candidatos para las magistraturas locales, los aediles —sus funciones eran similares a las de nuestros concejales—, cuestores y duóviro. Todas las magistraturas urbanas eran colegiadas —esto es, por parejas— y anuales no renovables, para evitar excesos de poder. Además, para eliminar corruptelas, se exigía que los candidatos a magistrados fueran ricos: en realidad estos cargos, que daban popularidad y prestigio, costaban dinero... a corto plazo. En la práctica, permitían acceder en la escala social y otorgaban nuevas oportunidades de enriquecerse a mayor escala en el futuro.

Es evidente que esta reducida casta masculina con derecho a cargos políticos es sólo el esqueleto más visible de la actividad ciudadana. Se consideraba parte de sus obligaciones la construcción a su costa de templos y edificios públicos —como mercados, bibliotecas, baños públicos—termas— o anfiteatros— y, a su vez, conmemoraban sus actividades con estatuas monumentales del emperador reinante, o de ellos mismos, acompañadas de las oportunas inscripciones monumentales —epigrafía— que recordaran los autores y el por qué de las grandes obras.

Estructura social

Bajo la élite municipal estaba la masa de la población, buena parte de ella sin la protección otorgada por la ciudadanía romana. La formaban **artesanos, mercaderes, campesinos** cuyas granjas estaban en la cercanías de la ciudad, **esclavos** domésticos y públicos y el creciente grupo de los **libertos**, antiguos esclavos que habían obtenido —por gracia de su dueño o por compra— su libertad. A menudo estos libertos eran gente activa e inteligente, que llegaron a enriquecerse y a escalar —siempre dentro de un orden— puestos en la sociedad.

Los ciudadanos modestos estaban ligados por lazos de clientela —una dependencia formal— a los pudientes. Los poderosos otorgaban a sus clientes protección económica y jurídica, y recibían votos en las elecciones municipales —la compra de votos no era desconocida ni mucho menos—, homenajes públicos e incluso, si era necesario, apoyo violento en las revueltas callejeras, que no eran inusuales ni mucho menos. Estas revueltas a menudo estallaban por cuestiones políticas, por rupturas en el abastecimiento de alimentos, por violencia racial o religiosa o incluso por diferencias entre grupos de 'hinchas deportivos', como ocurrió con los graves disturbios producidos en Pompeya en el año 59 d.C. En aquella ocasión, el enfrentamiento entre los aficionados pompeyanos y los de la vecina ciudad de Nuceria durante las luchas de gladiadores llevó al emperador Nerón a clausurar el anfiteatro durante diez años como castigo.

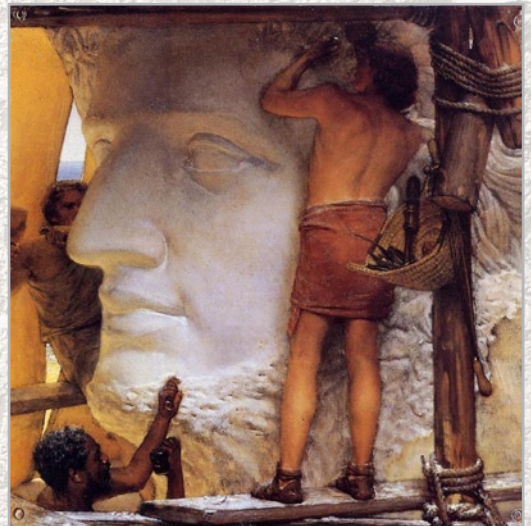
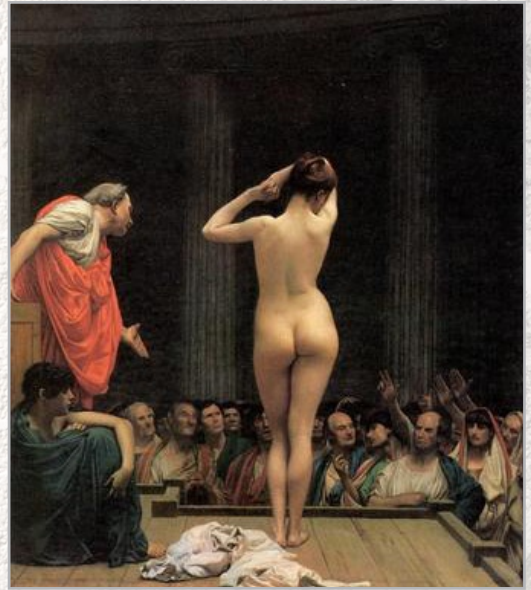


Conservamos en ciudades como Pompeya numerosos testimonios de la vida cotidiana. Los *grafitti*, las pintadas de la época, proporcionan numerosas instantáneas de la vida cotidiana de la gente humilde. Nos hablan de cotilleos políticos y sociales, de la prostitución, de los sitios de moda... Nada hemos cambiado en eso.

Los esclavos no eran un grupo homogéneo. Los siervos domésticos de los ricos (doncellas, cocineros, maestros) eran productos de lujo, costosos, que merecía la pena cuidar como a un mueble caro, y a los que se podía incluso coger cariño como a una mascota, aunque sin olvidar nunca su carácter de 'objetos vivientes'. Incluso los esclavos domésticos de categoría más baja podían vivir mejor que muchos campesinos pobres aunque libres, que se deslomaban en los campos de sol a sol. Los esclavos asignados a la producción agrícola en los grandes latifundios privados, y sobre todo los esclavos públicos que se consumían en minas, canteras y otros trabajos durísimos, corrían una suerte infinitamente peor.

Igual que coexistían pobres y ricos, la ciudad romana acogía a la vez la miseria más abyecta y el arte más exquisito; la injusticia y el código legal más avanzado; las casas espaciales y ajardinadas de los potentados y los bloques de apartamentos en varios pisos —*insulae*— de los modestos. Los robos y los incendios estaban a la orden del día, y en Roma se crearon las cohortes de **vigiles**, mezcla de policías y bomberos, que pese a sus esfuerzos y a la existencia de numerosas fuentes públicas, a menudo se veían impotentes para frenar incendios que podían ser pavorosos, impulsados por la inflamable trabazón de vigas de madera de las viviendas y las lámparas de aceite.

Los barrios residenciales pobres eran a menudo lugares sucios y ruidosos, con callejuelas laberínticas aunque en origen hubiera una planificación regular, donde talleres de teñido de telas coexistían con los de orfebres, y prostíbulos junto a baños y fuentes públicas.



Urbanismo

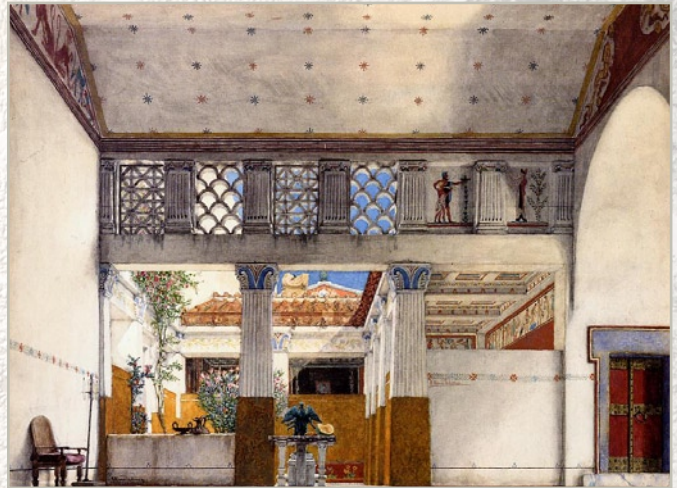
Por lo general las ciudades romanas, al menos las fundadas de nueva planta, presentaban un trazado regular, con calles cortadas en ángulo recto, pavimentadas con losas que cubrían alcantarillas y cloacas, y dotadas de baños públicos que recibían agua potable a veces desde muchas decenas de kilómetros, traída mediante acueductos que eran asombrosas obras de ingeniería hidráulica.

El centro de la vida de la ciudad estaba en el **Foro**, amplia y despejada plaza pública a la que se abrían los principales edificios: el templo de culto a Roma, a Júpiter y al Emperador (*capitolium*); el mercado —a menudo algo apartado y cercado con altos muros para impedir olores—; los pórticos donde los habitantes podían reunirse a cotillear de lo divino y lo humano a salvo del sol del verano o de la lluvia invernal; la Curia donde se reunía el Senado municipal; los archivos municipales.

En las cercanías de ese centro neurálgico de la ciudad estaban las termas o baños públicos, que eran mucho más que un centro de higiene: con sus gimnasios, bibliotecas, saunas y jardines, las termas eran los grandes centros de ocio cotidiano de la ciudad romana, y un signo infalible para la piqueta de los arqueólogos de la llegada de la civilización incluso a los rincones más remotos del Imperio.

Por supuesto, una gran ciudad —y muchas pequeñas— no estaba completa sin su teatro y sobre todo sin su anfiteatro para gladiadores y su circo para las carreras de carros. Las luchas de gladiadores, que antaño durante la República habían tenido un carácter sacro como homenaje ritual a muertos ilustres, se convirtieron en el Imperio en espectáculos de masas. Los mejores gladiadores y aurigas de carros, a menudo esclavos, eran las estrellas de masas, e incluso las ricas damas romanas se disputaban sus favores... Cosas que nunca cambian.

La ciudad exigía un aprovisionamiento masivo, constante y estable. Los acueductos traían constantemente agua de presas y manantiales lejanos. Todas las mañanas, caravanas de carros tirados por bueyes y mulas acarreaban productos del campo, alimentos y leña, pieles y carne, pescado incluso. Los ricos podían permitirse exquisiteces gastronómicas —muchas de las cuales hoy nos harían vomitar— importando productos incluso desde miles de kilómetros de distancia. Los buenos vinos y aceites traídos por mar eran una industria floreciente que además daba trabajo a miles de alfareros que fabricaban las ánforas o recipientes de cerámica donde se transportaban los preciados caldos.



Las obras de construcción, constantes, exigían abrir enormes canteras de mármol, de caliza, de gravas, de arena. Las mezclas de hormigón, la fabricación de ladrillos, la labra de vigas de madera, la talla de columnas, eran actividades esenciales que daban trabajo a numerosos arquitectos e ingenieros — muchos de ellos de origen griego— y exigían miles de esclavos capturados sobre todo en las guerras fronterizas.

Al tiempo, las ciudades romanas eran centros productores de considerable importancia, y muchas eran famosas por sus especialidades: las salazones de pescado de Cádiz, los pergaminos para escribir de Pérgamo, los mármoles de las ciudades del Egeo, eran productos demandados por todo el Mediterráneo.

Un delicado equilibrio de poderes

La compleja vida urbana requería en Roma, como hemos dicho antes, de algunos requisitos. A los ricos de las ciudades debía compensarles el gasto de ostentar magistraturas con las ventajas futuras que pretendían obtener. Los artesanos especializados debían estar seguros de obtener alimentos suficientes a precio razonable procedentes del campo; los mercaderes esperaban poder comerciar, y los constructores obtener encargos y poder disponer de materias primas. La vida de la ciudad era compleja, y en realidad pendía de un hilo, de un delicado equilibrio. Mantener ese equilibrio era la tarea del Estado, del emperador y de los gobernadores provinciales, de los senados locales y de los ediles. Si el delicado mecanismo de la vida urbana se alteraba, todo el entramado podía hundirse. Cuando el Imperio fue incapaz de mantener el equilibrio, la vida urbana se resintió y finalmente se colapsó. Los siglos que sucedieron a la caída de la mitad occidental del Imperio, la época de los pueblos bárbaros, de francos y visigodos, de hunos y ostrogodos, vio la desintegración de un modelo de civilización urbana que había perdurado durante siglos y que, junto a numerosas injusticias y crueldades, también alumbró alguno de los mayores logros de la historia humana.

A ti te toca, en *Imperivm Civitas*, tratar de mantener ese delicado equilibrio.



IMPERIVM
CIVITAS

